

en el antiguo edificio de la Inquisición, refiere los siguientes pormenores acerca de la prisión de Bustamante:

“Para no ser sentidos en su marcha se descalzaron, y llegados a Palacio se apoderaron de la guardia cuyo capitán, hermano del Ministro Almonte, dormía como un galápago; otro tanto hacía el oficial de artillería, y a ejemplo de ambos jefes, sus soldados. Doscientos hombres, capitaneados por Urrea, subieron la escalera principal para entrar en la habitación del Presidente; pero hallando cerradas las puertas solicitaron entrar por la de la escalera del segundo patio, tocáronla y abrió un centinela, a quien dijeron que traían una noticia importantísima que notificar al Presidente. Entráronse de rondón, y dijeron a sesenta hombres que se hallaban allí que venían a relevarlos, pues llevaban dos días de plantón. Formóse la guardia, pero se le unió e incorporó luego la tropa de Urrea, para que no pudiera hacer resistencia. Conocido ya el engaño, penetraron sin tropiezo hasta la recámara del Presidente, a quien encontraron vestido y con su espada desnuda a un lado, de la que quiso hacer uso; pero lo contuvo Urrea diciéndole: *No tema Ud. mi general, yo soy Urrea.... —Es Ud. un pícaro ingrato*, le respondió Bustamante; *si es Ud. hombre bátase conmigo cuerpo a cuerpo*. Felipe Briones, uno de los oficiales conjurados, mandó hacerle fuego; pero otro llamado Marrón contuvo a la tropa, diciendo: *No hagan fuego, que es el segundo del Sr. Iturbide*; con lo que se quietaron. Entraron luego en conversación, y a poco Urrea comenzó a tomar sus disposiciones, y se retiró dejando encomendada la custodia del Presidente a Marrón. Valióse el Presidente del jardinero de Palacio, Lázaro, anciano de cien años, y mandó noticiar a los ministros su arresto para que no se obedecieran las órdenes que salieran a su nombre.”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Bustamante. Loc. cit. p. 62.

Tras de la aprehensión del Presidente, los sublevados lograron sorprender al Comandante General, D. Vicente Filisola; pero no pudieron apoderarse del Ministro de la Guerra, Almonte, ni del Jefe de la Plana Mayor, Valencia, quienes desde luego trataron de contener aquella asonada, habiendo sido Valencia quien dirigió todas las operaciones.

A riesgo de extenderme más de lo debido, no puedo menos que transcribir un nuevo fragmento de las impresiones recibidas directamente por aquel testigo ocular de una parte de los acontecimientos:

“La plaza mayor y sus inmediaciones, dice, estaba rodeada de multitud de gentes en grandes grupos, en cuyos semblantes se veía pintada la agitación y sobresalto. Ocupaban las banquetas y bocacalles inmediatas porción de centinelas, así como las puertas de palacio, que impedían la salida de él, pero no la entrada: era ésta una red barredera para armar a todo hombre capaz de tomar un fusil; sin embargo, me decidí a entrar, esperando hallar a los jefes de la conjuración reunidos con algún decoro y dignidad, tomando providencias serias para evitar desórdenes, pero ¡cuánto me engañé! Allí no se hallaba Urrea, pero sí Gómez Farías, en las piezas bajas de la plana mayor, rodeado de oficiales mozalvetes de quienes recibía plácemes y abrazos, y pendientes de sus labios escuchaban sus palabras con el respeto que pudieran las de un oráculo. Le vi dar órdenes muy ejecutivas y terminantes, mostrando en todo aquella alma de fuego que respira calor y vehemencia; le vi mandar gratificar a cada lépero (o sea cívico) con dos pesos, pues decía: *“que bien lo merecieron...”*<sup>1</sup> Todos éstos (me dijo señalándolos) son míos, me aman y me obedecen.” Habíase apoderado del dinero de la Tesorería y almacenes y sobre todo daba órdenes. Al verme me dió un estrecho abrazo

<sup>1</sup> Loc. cit. pp. 64 y sig. Las palabras impresas con letra bastardilla, aparecen de igual modo en el original.

diciéndome: *“Amigo, la nación se pierde infaliblemente; es preciso tomar estas medidas; yo no he hecho esto, pero sí lo he aprobado; esta mañana me sacaron de mi casa para que me pusiera a la cabeza de la revolución..... Yo no soy pícaro y deseo la felicidad de mi patria. Vea Ud. la circular que voy a expedir y léala.”* Efectivamente la leí. Mandó a un famoso agiotista que tenía a su lado y hacía allí de persona principal, que le añadiese algunas expresiones que tendían a justificar el alzamiento; pusiéronse por un diputado que se hallaba presente entre los de su clase, y el papel quedó bien hablado. Vi también formarse con gran celeridad compañías de los antiguos cívicos en los corredores y patios de palacio, sacar mucho armamento flamante y nuevo de los almacenes, causando gran ruido la ruptura de sus cajones, distribuir el parque, mandarle un recado bastante expresivo al Coronel Quintero del sexto batallón para que se le uniera, a lo que no accedió, pues se mantuvo fiel al gobierno, y últimamente noté la extraordinaria agitación en que todos se hallaban allí, pues sabían la resistencia que mostraban las tropas de la Ciudadela, y se preparaban al combate, como si ya tuvieran encima al enemigo...”<sup>1</sup>

Cosa curiosa, que pone de relieve cómo los más intransigentes políticos dejan de serlo cuando sus conveniencias así se los aconsejan. Gómez Farías, el más radical de los de su tiempo y el enemigo más resuelto que siempre tuvieron el clero y los conservadores, no vaciló en acudir a ambos, primero al comenzar el movimiento, pues a D. Carlos María de Bustamante le informó que deseaba formar una junta de notables con quienes consultar lo que debería hacerse, y como el célebre político le manifestara que era casi imposible que hubiera quien aceptara, toda vez que el temor de que se repitieran las escenas del saqueo del Parián y de la ciudad, tenía todos los ánimos embargados, insistió en su demanda, diciéndole: “Sin

<sup>1</sup> Bustamante. Loc. cit. p. 65.

embargo, vaya Ud. y vea qué personas me puede traer, principalmente de personas del *poder conservador*.”<sup>1</sup> Al terminar la asonada desastrosamente para los sublevados, ya veremos que el constante enemigo del clero, acudió a los buenos oficios de un prelado, para llegar a un arreglo, y ponerse en salvo.

Entretanto, unos soldados dispersos del batallón número 11, se le habían presentado a Valencia poco antes de las seis de la mañana para darle cuenta de que sus compañeros habían sido sacados de sus cuadras sin saber hacia qué lugar; y cuando poco después logró más amplios pormenores, se dirigió a la Ciudadela, donde el capitán de artillería Gorraez se había hecho fuerte tan pronto como se dió cuenta de la aprehensión del Presidente, y donde varios jefes se ocupaban ya en discutir lo que debía hacerse para dominar a los sublevados.

El General D. Manuel Andrade se le presentó a poco en nombre de Gómez Farías para invitarlo a unirse a los rebeldes, lo que no aceptó; y cuando ya se preparaba para salir seguido de 110 infantes y 150 hombres de caballería y 4 cañones ligeros, llegó el Colegio Militar, que no había querido tampoco aceptar idéntica invitación de Gómez Farías. “Entonces escogió de estos jóvenes los más grandes, que agregó a su columna, y mandó que los pequeños se quedasen cuidando la Ciudadela, lo que hicieron en fuerza del mandato, pues todos querían irse a batir.”<sup>2</sup> El Director del Colegio, que a la sazón era D. Pedro García Conde, se vió también obligado a permanecer allí con aquellos intrépidos alumnos.

Desde ese momento, y toda vez que el Presidente se hallaba prisionero en el mismo palacio y que en este edificio se habían hecho fuertes principalmente los rebeldes, la parte más importante de la ciudad iba a ser víctima de las pasiones políticas que habían “entrado en juego,” según la vieja frase, por más que este fuera un juego de muerte.

1 Bustamante. Loc. cit. p. 65. No debe olvidarse que el Supremo Poder Conservador había sido el-ra de los centralistas.

2 Bustamante. Loc. cit. p. 66.

Valencia, en efecto, estableció su cuartel general en el antiguo convento de San Agustín y desde allí comenzó su ataque sobre el palacio, avanzando sus fuerzas por las calles de la Monterilla (hoy primera y segunda del 5 de Febrero) donde fueron recibidas por el enemigo con terribles descargas de fusilería iniciándose así las verdaderas hostilidades, que duraron desde el 15 al 26 de Julio (1840); y en consecuencia, conforme las operaciones militares avanzaban, el radio de acción fué creciendo también, toda vez que Valencia situó sus tropas en el Espíritu Santo y en la Profesa (hoy Isabel la Católica), en la Concepción, en Santa Clara (hoy 4.ª de Tacuba), en Santa Isabel (hoy Av. del Teatro Nacional), en la plaza de Guardiola y en San Francisco y en la calle de Plateros (hoy San Francisco también), desembocando a la Plaza de la Constitución, por una parte; y por la otra, también se efectuaron combates por la parte Oriente de la ciudad, especialmente cuando los enemigos del gobierno desde la iglesia de la Santísima estuvieron atacando a las fuerzas de D. Anastasio Torrejón que habían ido a proteger la entrada por San Lázaro, de nuevos refuerzos para el Gobierno. Las trincheras de los sublevados se encontraban a su vez en las calles del Refugio (Av. del 16 de Septiembre), de Don Juan Manuel y de Balvanera (4.ª y 5.ª de San Agustín, respectivamente), de Jesús y de Porta-Cœli (2.ª, 3.ª y 4.ª de Flamencos).

En aquellas circunstancias, necesario es decir que el Presidente Bustamante mostró una serenidad a toda prueba; pues caso curioso: sus defensores, es decir, los defensores del primer Magistrado de la República, tenían que atacar a quienes lo habían aprehendido, precisamente en el lugar donde éste se encontraba; y en consecuencia, hubo un momento en que el peligro de muerte le venía no de quienes lo atacaban, sino de quienes lo defendían, pues las balas de quienes iban contra el palacio para someter a los rebeldes, habían causado ya muy serios desperfectos al edificio, y los proyectiles constantemente

atravesaban los tabiques del departamento que le servía de prisión a Bustamante.

Probablemente el poco éxito que Gómez Farías y Urrea habían tenido en esta ocasión para levantar a las fuerzas de la guarnición de la capital, les hizo pensar que un rasgo de prudencia pudiera prepararles el camino para una retirada satisfactoria, y por esto acudieron a Bustamante para pedirle que en nombre de ellos solicitase de Valencia la oportunidad de celebrar una conferencia, toda vez que estaban deseosos de que cesaran las hostilidades para impedir mayores males a los habitantes de la ciudad. Bustamante consintió en darles la carta, pero Valencia contestó que en ningún caso dejaría de atacar el palacio mientras el Presidente continuara preso; y como quiera que, a su vez Bustamante se negó a celebrar arreglo alguno con ellos, optaron por permitirle salir con una pequeña escolta; él entonces se dirigió al cuartel general de San Agustín, y desde allí expidió una proclama, haciendo ver que si estaba dispuesto a ser benigno, se hallaba también listo a dar cumplimiento a las leyes, aunque esperaba que los males que sufría en aquellos momentos la capital llegarían pronto a su término, toda vez que los disidentes estaban "convencidos de los males que han causado y aún se pueden seguir de su asonada...."<sup>1</sup>

Los rebeldes, en efecto, enviaron por la tarde de aquel día, el 16, un parlamento; pero como sólo pretendieran que las fuerzas del gobierno secundaran su plan, las operaciones continuaron como hasta allí.

El mismo Presidente Bustamante refiere su salida del palacio en una carta dirigida al General D. Andrés Terrés, y que fué publicada en la Gaceta de Jalisco, diciendo:

"Considerando los jefes de la revolución que no les era fácil llevar adelante ni mucho menos contener los atentados con-

<sup>1</sup> Bustamante. Op. cit.

tra la vida y propiedad de los ciudadanos pacíficos, ocurrieron al salón donde me tenían preso por medio de comisiones, haciéndome proposiciones que en substancia se reducían a que *secundase* su plan o mejor dicho, a que *sancionara* lo hecho por ellos; a lo que me resistí como debía, protestándoles que moriría antes que hacer traición a mis juramentos y deberes, y que renunciaba a la libertad si la había de obtener con mengua de la dignidad del puesto que ocupó y de mi reputación, ofreciéndoles únicamente, que procuraría economizar la sangre y los otros males de la guerra.

"Fueron varias las instancias y promesas que se me hicieron; pero yo, firme en mi propósito y resolución de perecer primero que traicionar a mis obligaciones, resistí siempre con la energía y firmeza propia de un magistrado y de un soldado que no teme a la muerte. No obstante esto se me prometió (sic) salir de Palacio con una escolta que yo elegí del primer regimiento de caballería que no había tomado parte en la revolución; ofreciendo únicamente como llevo dicho, hacer cuanto estuviese de mi parte para economizar sangre y atentados. A este fin se nombraron comisiones para oír las proposiciones de los expresados jefes; pero no habiendo sido admisibles por nosotros, desgraciadamente las hostilidades han continuado hasta el momento en que escribo ésta, habiendo los contrarios sufrido enormes pérdidas, mayores que las nuestras, arruinado varios edificios, y lo que es más sensible, muerto algunos ciudadanos pacíficos...."<sup>1</sup>

La tranquilidad de Bustamante parece, efectivamente, haber sido mucha; pues habiendo sido herido por una metralla el capitán Marrón bajo cuya custodia, como se recordará, había quedado el Presidente, éste se apresuró a hacerle una primera curación vendándole la pierna herida. Se asegura que al salir de su prisión, le dejó a Marrón algunas *onzas* de oro, y le dió

<sup>1</sup> Gaceta de Jalisco, Vol. I. Núm. 84. Bustamante. Op. cit.

después una pensión de su propio peculio, mientras estuvo en el gobierno, pues Marrón tuvo que sufrir la amputación de la pierna.

“Cuando los jefes pronunciados—escribe un historiador—presumieron que el gobierno triunfaría, *se metieron en la iglesia*, es decir, interpelaron al Ilmo. señor Arzobispo para que por su medio hubiese una transacción....”<sup>1</sup> y tras de varias pláticas que tuvieron con él, acompañados por el Lic. D. Bernardo González Angulo, y por los Generales D. Mariano Michelena y D. José Joaquín Herrera, el Arzobispo consintió en escribir a Bustamante y aún en tener algunas conferencias con éste, de las cuales resultó el convenio celebrado entre los rebeldes y el Gobierno, convenio que subscribieron en nombre de dicho gobierno los Generales D. Ignacio Inclán, D. Benito Quijano y D. José Vicente Miñón, y por parte de los rebeldes D. Manuel Andrade y D. Andrés Zenteno. En él se estipuló que se garantizarían las vidas, empleos oficiales y propiedades de los sublevados; que el General Valencia interpondría su influjo con el gobierno general para que se pidiera a las cámaras la reforma de la constitución; que se podrían acoger a tal convenio las fuerzas que se hubieran rebelado; y que se darían pasaportes para salir fuera de la República a quienes los solicitaran aun cuando tuvieran causas pendientes de los tribunales por cuestiones políticas, que era el caso en que se encontraban Gómez Farías y Urrea. Las otras cláusulas se ocupaban en la manera cómo se dispondría de las fuerzas rebeldes, etc.

Así terminó aquel atentado en la Metrópoli.

No habría de ser éste, sin embargo, el único motín que había de presenciar la capital de la República, por aquellos días; ni había de ser tampoco el último movimiento revolucionario. El

<sup>1</sup> Bustamante. Loc. cit.

General Paredes había de llamar bien pronto la atención pública con otra rebelión.

Con motivo de algún fuerte impuesto establecido por el gobierno, el comercio de Guadalajara comenzó a mostrar síntomas de desagrado que podían trocarse en algo más serio, como se vió cuando el General D. Mariano Paredes y Arrillaga informó al Gobernador del Estado, que esos síntomas también existían entre las fuerzas de la guarnición. El Gobernador, deseando entonces evitar en lo posible las dificultades, decretó que el derecho de consumo sería solamente de 7% en lugar de 15%, que era lo que se rechazaba.

Pero las cosas no habían de terminar así; porque a poco, Paredes lanzaba un manifiesto hablando de la necesidad de que se pusiera el gobierno en manos de algún ciudadano que mereciese la confianza del Supremo Poder Conservador, y pudo verse ya que tras de todos aquellos movimientos, lo que en verdad había era el deseo de colocar en la presidencia a Santa-Anna.

El Gobernador renunció a su cargo, lo mismo que la junta departamental, y Paredes convocó una junta de notables, que reeligió al Gobernador, y como no aceptó encargarse nuevamente del gobierno, al fin este quedó a cargo del mismo Paredes por breve tiempo.

El manifiesto de este general hizo temer y con razón a las autoridades del centro, que su actitud no fuera aislada y personal, sino que estuviera de acuerdo con el Comandante General de los Departamentos de Tabasco y Yucatán, Santa-Anna; pero éste, seguramente con el fin de ganar tiempo, se apresuró a condenar la actitud de los rebeldes jaliscienses, manifestando que era injusto pretender que se redujera la contribución, objeto aparente de la rebeldía; y el Gobierno de Bustamante, convencido o no de la buena fe de Santa-Anna, hizo publicar una noticia desmintiendo los rumores que circulaban acerca de su participación en el asunto, haciendo constar “que el expresado señor general se ocupa actualmente en reducir al

orden a Yucatán y Tabasco, objeto de interés nacional, y que absorbe actualmente la atención de aquel señor comandante general, de conformidad en un todo con los deseos del gobierno.”<sup>1</sup>

Entretanto, la capital se veía de nuevo turbada profundamente, sobre todo al recordar los no lejanos sucesos del año anterior; y ¡oh volubilidades de la política! quien ahora se rebelaba era nada menos que el General Valencia, el héroe de la jornada precedente en que había cuidado de someter a los perturbadores del orden y de la paz en la capital de la República.

Valencia, efectivamente, reunió el mayor número de elementos que pudo hallar y entre los cuales por cierto ejercía gran influencia en virtud de su carácter de Jefe de la Plana Mayor, debiendo contarse entre esos elementos a los alumnos del Colegio Militar, dirigido a la sazón por D. Mariano Monterde; y con todas esas fuerzas se apoderó de la Ciudadela, que fué entregada sin dificultad. Justo es decir que entre los alumnos del Colegio hubo un sentimiento de protesta, que se tradujo en numerosas deserciones y aun el Capitán Iniestra, uno de los profesores de aquel instituto, fué arrestado por haber pretendido sacarlos. “Su buen juicio y pundonor no le permitía ver con indiferencia que unos jóvenes que debían ser educados en los principios de la obediencia, fueran aleccionados de este modo práctico y escandaloso a desobedecer al supremo gobierno.”<sup>2</sup>

La Ciudadela había sido tomada por la división que, al mando del entonces Coronel Lombardini, hermano político de Valencia, estaba destinada precisamente a ir a Guadalajara a someter a los disidentes, y claro está que este nuevo golpe asediado al gobierno iba a poner en mayores dificultades su estabilidad. Pero no era tampoco el último revés, porque Santa-

<sup>1</sup> Diario del Gobierno. Núm. 2,276.

<sup>2</sup> Bustamante. Op. cit. Vol. II. p. 139.

Anna se puso en marcha hacia la capital, abandonando el mando que se le había confiado.

No puedo extenderme en detalles sobre este nuevo acto de rebelión, cuando hay todavía alguno que merece ser analizado; pero es curioso conocer siquiera sea algunas de las razones expuestas por Santa-Anna para obrar como obró.

“A la cabeza de las fuerzas disponibles del departamento de mi mando—escribía desde Perote—he ocupado esta fortaleza y cubierto desde luego su frontera.

“A ello he sido llamado por las circunstancias, pues que cuando sólo dictaba ciertas medidas de precaución, que están en consonancia con la ordenanza que nos rige; cuando había dispuesto, en virtud de ellas, se reforzase este fuerte para prevenir cualquier trastorno; cuando halagadas las tropas de este departamento con el plan proclamado en Jalisco, procuraba entretener la efervescencia producida por aquellas verdades; y cuando, en fin, me disponía a tocar entre los pueblos y los actuales gobernantes de la República, los medios de una composición ventajosa a la común felicidad, recibo la noticia, para mí bastante sorprendente, que mis medidas eran consideradas por el ministerio desventajosas a su marcha política: que en consecuencia, los jefes, oficiales y tropa con que mandé reforzar esta fortaleza eran, los unos, llamados a la capital de la República, y la otra conducida con seguridad a Puebla, para ser destinada según conviniese, pero sin mi consentimiento: que el Sr. General D. Anastasio Torrejón debería ser el ejecutor de tales disposiciones; y que, últimamente, la misma fortaleza quedase a las inmediatas órdenes de la Comandancia General de Puebla. Estas comunicaciones oficiales, firmadas del puño y letra de V. E., y dirigidas al gobernador de este castillo, existen en mi poder; y casi a mi presencia se han regresado las pequeñas fuerzas que V. E. mandaba para ocuparlo, al mando del ya citado general.

“Para evitar en lo sucesivo estas y otras agresiones, notoriamente ofensivas a mi alto carácter, y tal vez atentatorias a la

seguridad individual, me decidí a marchar para este punto, desde donde tengo el honor de dirigirme a V. E., a fin de que mis sentimientos, tales cuales son, los transmita V. E. al conocimiento del Excmo. señor Presidente...."<sup>1</sup>

Inexplicable conducta de un jefe militar, que no debía haber puesto en olvido que la primera obligación de todo miembro del ejército es obedecer; pues aun cuando, dentro de la disciplina, puede hacer observaciones fundadas al superior, en ningún caso, salvo el de rebeldía, puede obrar de modo opuesto al que se le indica. Pero no hay que olvidar el carácter de Santa-Anna, y teniéndolo presente, ya no llamará la atención que tras de la desobediencia, todavía hubiera añadido en su nota, después de anunciar esa desobediencia: "Estoy, pues, ya en el caso de presentarme a la escena política, no como un perturbador de la sociedad, porque a nada aspiro más que a la felicidad de mis amados compatriotas, sino como un *mediador pacífico*, que trata de evitar la grande catástrofe que anuncia la tempestad preparada, y de poner la nave del estado en puerto de salvamento."

Por desgracia para Bustamante en aquella ocasión, la ingratitude de algunos jefes a quienes había protegido, como Juvera, Cortazar y otros, ayudó en gran parte a que su gobierno vacilara, como un edificio cuyos cimientos han sido socavados.

Mientras Santa-Anna avanzaba hacia Puebla, y Bustamante previa licencia del Congreso salía con Canalizo, encargado de batir a aquél rebelde, "fortificáronse las avenidas de Palacio con trincheras, principalmente las que tenían dirección a la Ciudadela desde donde nos hacían frecuentes saludos con artillería gruesa y granadas, lanzadas como por *entretenimiento inocente* sobre este pobre y pacífico pueblo, que causaron daño en la gente inerme y pacífica y penetraron algunos techos de casas."<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Castillo Negrete, Op. cit. p. 173.

<sup>2</sup> Bustamante. Op. cit. Vol. II. p. 174.

Cuando tal era la situación, Santa-Anna llegó hasta Tacubaya sin ser molestado, y entonces Bustamante resolvió tener una entrevista con Paredes y con Cortazar pues el primero también había avanzado hacia la Capital. No se sabe lo que hablaron; pero en cambio no se ignora que las fuerzas que el Presidente tenía a sus órdenes, en Tlalnepantla, en Guadalupe, etc., unas tras de las otras se pasaban al enemigo, hasta que teniendo ya Santa-Anna un ejército mayor del que esperaba, debido a aquellas defecciones, una Junta de Oficiales tomó una serie de acuerdos, conocidos todavía hoy como las "bases de Tacubaya." En virtud de este acuerdo, se declaraba que "por voluntad de la nación" (!la nación!) habían cesado los Poderes creados por la Constitución de 1836, excepto el judicial. Se nombraría una junta de dos Diputados por cada departamento, y ellos un presidente provisional que convocaría para un nuevo congreso que se encargara de constituir a la Nación. Las demás bases preceptuaban algunos puntos de detalle acerca de la forma en que funcionaría el nuevo gobierno, etc., y se otorgaba una amplia amnistía.

¡Cosa curiosa, pero muy digna de nuestra vida política: el gobierno de Bustamante a su vez se convertía en revolución, y "el pueblo" diré con los políticos, que, se había gobernado de acuerdo con la Constitución de 1836 se *pronunciaba* por la federación, después de arengar Bustamante a sus soldados en plena plaza, en medio del entusiasmo de la multitud, de las salvas de la artillería, de los repiques, etc.!

Mas todo era tardío, el término del Gobierno de Bustamante se hallaba cercano.

El acta del Ayuntamiento de México proclamando la federación fué suscrita en 30 de septiembre, y el día 2 de octubre se rompían los fuegos entre los dos bandos beligerantes. Las granadas disparadas desde la Ciudadela no sólo causaron daños en edificios particulares, sino en la Catedral. Los fuegos en San Francisco, en Santa Isabel (hoy Av. del Teatro Nacional) y en el Hospital de Terceros (hoy edificio de Correos),

fueron reñidos y constantes y el día 3 se verificaba un terrible encuentro por el lado de la Viga (S.E. de la Ciudad).

“Durante la acción, dice un escritor de aquellos días, fué herido el Teniente Coronel D. Francisco Sánchez, Comandante de la Escolta del Sr. Bustamante, a quien amaba tiernamente por su valor y lealtad; esta desgracia le causó gran pesadumbre. Al llegar a Palacio fué victoreado el Presidente por el pueblo, mas no hizo caso de sus vivas y exclamaciones, y sólo se ocupó de hacer bajar a Sánchez del caballo; reconociéndole la herida, y aun se hincó para tomarle la sangre, y aquel corazón de león en la campaña, comenzó a llorar tan copiosamente, que mezcló sus lágrimas con la sangre del herido. Este espectáculo consternó mucho a los circunstantes que lo observaban y todos pagaron un tributo de lágrimas a la sensibilidad de aquel jefe noble, magnánimo y sensible, y digno de mejor fortuna.”<sup>1</sup>

Durante breve tiempo el Gobierno estuvo acéfalo; porque Bustamante como he dicho, tenía autorización para separarse del Gobierno y el Sr. Echeverría que había entrado a funcionar interinamente, había desaparecido.

El día 5 de octubre salió Bustamante de la Capital, por la Calzada de Guadalupe, donde sus tropas tuvieron un tiroteo con los enemigos; y finalmente el día 6 se firmaron los convenios de la *Estanzuela* en los cuales “se restablecen las relaciones íntimas y cordiales que deben reinar entre todos los miembros de la familia mexicana” y se sujetan a la aprobación del primer Congreso Constitucional los actos del Gobierno de Bustamante y de su sucesor interino.

El movimiento rebelde encabezado por Paredes en Jalisco y secundado en la Capital por Valencia, había proporcionado un nuevo triunfo político a Santa-Anna, ya sea que aquellos hubieran obrado de acuerdo con éste desde el principio, o que hubieran pretendido laborar en beneficio propio.

<sup>1</sup> Bustamante. Op. cit. Vol. II. p. 209.



Francisco Paredes  
y Arista